Mariano García

OLVIDADOS

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluídos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 Olvidados
© Mariano García
© 2011 Editorial: Vision Libros
C/ San Benito 21 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com
Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-069-0
Depósito legal: SE-9118-2011

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

A mi

PRIMAVERA 1915

1

La lluvia no había cesado de caer en toda la tarde, y el camino se estaba convirtiendo en un barrizal que lo hacía casi intransitable. Las dos acémilas que tiraban del carro estaban prácticamente exhaustas, pero su amo no quería parar hasta no llegar a su destino. Los caminos escarpados de la Cordillera Cántabra se hacían difíciles y en ocasiones muy complicados de transitar, y más con aquella lluvia incesante que le hacía entrecerrar los ojos. Calculaba que ya quedaba poco y quería llegar antes del anochecer. No le gustaba absolutamente nada tener que hacer noche en medio de un bosque que aunque conocía, llegaba a temer, y más de noche.

Francisco se bajó y sin pensárselo dos veces se puso a tirar del carro, ayudando a las bestias con la carga, que cada vez se las hacía más pesado. Su mujer, Andrea, se quedó con las riendas, la hubiera gustado a ella también bajarse y ayudar, pero sabía que su buena intención lo único que haría sería entorpecer a su marido, y lo que conseguiría sería retrasar aún más la marcha.

Francisco tiraba de las bestias para qué éstas apretasen más el paso, pero su mirada no estaba en los animales, que de sobra sabía que hacían lo que podían, además ya eran viejas y no estaban para muchos trotes cómo el que les estaban dando. Francisco centraba su mirada en rededor suya, no dejaba de mirar hacia todos los lados. Sabía que en el bosque por donde estaban pasando, era habitual ver lobos, y él, especialmente, temía a esos animales del demonio, cómo los llamaba. De siempre le habían dado miedo, y más desde que oyó historias de gente que contaba cómo su rebaño había ido reduciéndose por culpa de los lobos,

aunque también tenía entendido, que no atacaban al hombre. Los lobos siempre atacan en manada liderada por un ejemplar macho, que suele ser el más fuerte y autoritario, además, solo lo hacen por necesidad. Pero el miedo no desaparecía de su mente.

El camino era estrecho y lo suficientemente tupido de follaje cómo para que el hombre no pudiera ver más allá de las lindes del sendero. Enormes árboles se erguían a ambos lados del angosto camino. Se encontraban en una pendiente, con lo cual toda el agua que iba recogiendo el camino bajaba por el cómo si de un arroyo natural se tratase. Más adelante se podía divisar una explanada que Francisco creyó reconocer, aunque no prestó atención y siguió tirando de las riendas.

En la parte posterior del carromato, llevaba atado tres cabras que casi iban arrastras. Era todo su ganado y su riqueza. Las cabras les proporcionaban leche diariamente y en un futuro les serviría de alimento, cuando llegara su hora.

En el interior del carro se encontraba Isabel, la hija menor del matrimonio. Contaba con cinco años y sus rizos rubios y su cara de pícara hacía que fuese la alegría de la familia. La daba miedo las tormentas, los grandes truenos la atemorizaban y la hacían esconderse debajo de los sacos de ropa que llevaban. Su madre sufría al verla tan asustada en la parte de atrás, la hubiera gustado abrazarla, pero tenía que ayudar a su marido a continuar el viaje, era consciente de que si tenían que pasar otra noche mas en el monte, acabaría de los nervios y terminaría enfermando. No tenían dinero suficiente cómo para descansar en las fondas por donde iban pasando, por eso no les quedaba otra, que hacer noche en el transcurso del viaje, a la intemperie. Los días podían ser medianamente calurosos, pero las noches solía refrescar lo suficiente cómo para abrigarse y buscar cobijo. La mujer trató de hacerse la fuerte y centrarse en las riendas del carro. Si llegara a descuidarse lo mas mínimo, su mari-

do se enojaría con ella, y dado el carácter que tenía Francisco, no la interesaba en absoluto tener una disputa con él y menos en las condiciones en que se encontraban. Francisco tenía una personalidad fuerte y, a menudo, solía perder los nervios. Se exaltaba con facilidad y enseguida salía a gritos, parecía no ser el mismo. Su mujer lo pasaba bastante mal cada vez que se enojaba con ella. Francisco, al final se daba cuenta de lo mal que se había portado y reconocía su error, cosa a lo que ya se había acostumbrado su mujer.

Detrás del carro junto a las cabras iba su hijo Víctor, de nueve años, pendiente de empujar el carro siempre que parecía que éste aflojaba la marcha. La fuerza con la qué empujaba, era insignificante comparada con la que se necesitaba, pero todo su empeño, era ayudar a su padre, además de que yendo andando, las mulas no tendrían que cargar con su peso. Llevaba los pies embozados de barro, incluso había veces que se distanciaba del carro, ya que casi no podía ni andar. Víctor no temía a la noche en el monte, tenía más miedo a su padre, a sus enfados y cambios de humor. Su padre le había contado historias de ganado desaparecido, animales descuartizados por los lobos e incluso gente que se había tenido que enfrentar cara a cara con ellos.

Llevaban desde el mediodía caminando y solo había parado al cruzar un arroyo, para que los animales bebiesen y pastasen un poco. Enseguida les sorprendió la lluvia que, de repente, se intensificó cómo si quisiera castigarlos. Esa lluvia fina y constante que estaba presente casi todos los días del año. Aunque estaban acostumbrados de sobra al húmedo clima del norte, el estar constantemente bajo la lluvia les llegaba a fatigar y hacía más pesado el viaje. Francisco volvió a enganchar a los animales y emprendieron la marcha, quería llegar a la aldea antes del anochecer.

El viaje se les estaba haciendo largo a todos, pero en especial a Francisco. El era el responsable del viaje que estaban haciendo, aunque en realidad siempre era él el res-

ponsable de todo lo que acontecía a la familia. Francisco resbalaba continuamente y el roce continuo con las riendas le habían hecho unas ampollas en las palmas de las manos. Pero ni aun eso le preocupaba, sólo temía encontrarse con una manada de tan temidos animales. No había dicho nada al resto de la familia para no meterles miedo, si no su hija lo pasaría realmente mal. Estos animales en raras ocasiones se dejaban ver, pero sabían de ellos gracias a los cadáveres de animales que, a veces, se encontraban en el bosque, totalmente devorados. La noche anterior la habían pasado en el carromato y en el silencio de la noche, todos, pudieron oír los aullidos de los lobos. Aunque se oyó a lo lejos, el miedo, sobre todo de los niños, lo llevaban reflejado en la cara. Esa noche apenas durmieron y el cansancio se les notaba en el cuerpo, pero el temor a hacer otra vez noche en el carro les hacía trabajar más duro.

Venían desde Santander. Vivían a unos siete kilómetros de la ciudad, y el futuro no les deparaba más que hambre y miseria, y decidió hacer caso a su hermana para que se volvieran con ella al pueblo. Ella le medio aseguraba trabajo y cobijo, algo que prácticamente carecían desde un tiempo atrás, ya que Francisco se quedó sin trabajo y empezó a vender su rebaño de cabras poco a poco, no era muy grande el rebaño, pero entre enfermedades de los animales, robos, pagos a los dueños de los pastos, apenas sacaba dinero para mantener a su familia y de la venta de los quesos que ellos mismos elaboraban apenas sacaban unas tristes pesetas, casi insuficientes para la manutención de la familia. Las ganancias se las llevaban los que tenían grandes rebaños e influencias con los dueños de los prados. La mayoría de las veces los dueños de los pastos le pedían un dinero que Francisco no tenía, y al final tenía que hacer frente a los pagos con sus animales. Los tenía que dar a cambio para que el resto pudiera pastar. Tenía la opción de salir al monte

con el rebaño, pero se arriesgaba a perder animales por los cortados de las montañas o bien por los robos.

Tras mucho pensárselo, decidió volver a su pueblo, lindando con los picos de Europa, rodeado totalmente de altas montañas y tupidos bosques, pero también había numerosas praderas, que aunque pequeñas, servían de sobra para el pasto de los animales, e incluso para la siembra.

Francisco se fue en su día en busca de fortuna, aconsejado por un pariente suyo, que le convenció para que cuidara de un rebaño considerablemente grande, a cambio podría quedarse con la leche de los animales con la cual harían queso y lo podrían vender y ganarse un sueldo y un techo bajo el que cobijarse. Los primeros años les fue medianamente bien, tenía a su cargo alrededor de ciento veinte cabras, que sacaba todos los días a pastar, las ordeñaba diariamente con la ayuda de su mujer e incluso a veces contrataba la ayuda de algún pastor y elaboraban un queso que Andrea iba a vender todas las semanas a Santander. La cabra es un animal que necesita una cierta libertad, con lo cual Francisco, había veces que las dejaba sueltas y ellas mismas se volvían al redil al día siguiente, con lo cual tenía tiempo para trabajar en otras cosas.

Poco a poco y con lo que iba ganando, que era suficiente para los dos, fue comprando alguna que otra cabra para su propiedad y con el paso del tiempo se juntó con unas doscientas cabezas, de las cuales al menos una treintena eran suyas .Hizo buena gestión del rebaño y la ambición que tenía por llegar a tener todo el rebaño en propiedad, le hacía ganar cada vez más dinero, que poco a poco iba guardando en una vieja botella de cristal, que guardaba entre la lana del colchón. Empezó a negociar con la venta de los cabritos. Todo iba bien hasta qué su mujer se quedó embarazada de su primer retoño. A él le tocaba ir a vender los quesos a Santander además de su propio trabajo. Para él, ir a vender los quesos era cómo descansar, aunque iba andando, la

carga la llevaba una de las mulas. Pasaba todo el día en la capital, comía algo y se metía en alguna taberna a tomarse algún vino, que poco a poco se fue convirtiendo en algo rutinario. Se sumía en sus ideas y pensamientos que, en ocasiones, gracias al alcohol, le confundía totalmente hasta llegar a desorientarle y no dar importancia a las cosas. Soñaba con ser el dueño de una buena ganadería, cabras, vacas, ovejas, tener gente trabajando para él.

Francisco, sin darse cuenta, se gastaba lo que ganaba. Cada vez pasaba más tiempo en la tasca y no vendía su mercancía. Volvía montado en la mula, totalmente borracho, sin dinero, y en alguna ocasión sin la mercancía que no había vendido, ya que se la habían quitado o la había perdido. Su mujer empezó a atosigarle, a llamarle cada vez más la atención, pero él no atendía a razones. Ella se pasaba las noches llorando, viendo que cada día que pasaba el ganado estaba mas abandonado, se vendía menos y lo poco que se sacaba no llegaba a casa.

Transcurrieron unos años y la cosa no mejoró, Francisco seguía yendo a vender la mercancía a Santander, mientras que su mujer se quedaba cuidando del rebaño y atendía a su hijo, que en ocasiones llevaba cargado a su espalda. Los vecinos de aldeas vecinas, que conocían el caso, la ayudaban dándola alguna hogaza de pan, ropa, jabón y cualquier cosa que ella necesitaba y que los vecinos podían darla, ella, avergonzada, se lo agradecía sin poder dar nada a cambio.

El amo del rebaño no veía futuro con un pastor que siempre que iba a la ciudad se pasaba el día en la taberna y venía borracho, dejando abandonado el rebaño. Al no estar atendido cómo debía, el negocio de cabritos fue en disminución e incluso algunos animales se morían. El rebaño fue mermando poco a poco y al final Francisco perdió el trabajo. El dueño le obligó a que abandonase la casa en la que vivían y se llevase la parte del rebaño que era suyo, una

docena de cabras, que el mismo dueño se las mal compró, con tal de que se fuesen lo antes posible.

No pasaron dos días y Francisco encontró trabajo en una tahona cerca de donde vivían. Les daban comida y techo a los tres a cambio del trabajo de él en la tahona. En realidad él se encargaba de los trabajos más duros, cómo llevar el grano al molino, dar de comer a los animales que tenían, coger el trigo en época de siega, trillarlo, y todo lo que le mandaran, que no era poco, ya que trabajaba de sol a sol todos los días.

Pasó un tiempo trabajando en el molino, las cosas parecían que les volvía a ir bien. Tuvieron a su hija Isabel y las cosas parecían ir por buen camino, pasaron unos años mas trabajando para la tahona, pero los dueños ya eran mayores y no querían seguir con el negocio. Le ofrecieron a él seguir con el horno, pero Francisco no disponía ni de dinero ni del valor suficiente cómo para afrontar el negocio. A Andrea la hubiera gustado que su marido se hubiera atrevido a llevar la tahona adelante, pero el temor que sentía ella no era por el trabajo, si no por su marido, si se hubiera hecho cargo del trabajo, quien sabe si en un futuro, no lo hubiera echado todo a perder cómo ya pasó.

Malvivieron un tiempo en donde estaban, trabajando para unos y para otros a cambio de unos reales o algo que llevarse para comer, cuando más trabajo tenía sería en verano, con la llegada de la siega, pero al final acababan sin nada.

Su hermana se puso en contacto con él, escribiéndole e instándole a volver a casa, que no tuvo más remedio que volver, avergonzado por no haber sabido controlarse y salvar su trabajo.

Ahora se veía de vuelta al pueblo.

Parecía que el aguacero no les iba a dar tregua a la familia, y la noche se les iba a echar encima. Instintivamente Francisco tiraba con fuerza de los animales. Estaba tan

centrado en los alrededores que no se dio cuenta que el carro hacía un rato que no avanzaba, las ruedas estaban atascadas en el barro. Su hijo se fue hacia su padre, que le vio asustado, sin prestar atención a los animales, que ya ni siquiera tiraban de su carga.

Víctor se quedó mirando unos segundos a su padre.

— ¡Padre!

Francisco no hacía caso y seguía absorto mirando nervioso al bosque, parecía cómo si notase la presencia de algo o alguien cerca.

— ¡Padre! —volvió a llamar su hijo.

Ahora Francisco se quedó mirando fijamente a la cara de su hijo. Empapada de agua que le chorreaba por una cara en la que se reflejaba el miedo y la ansiedad por seguir adelante.

Tanto el padre cómo el hijo estaban cansados, sus respiraciones estaban aceleradas.

— ¿Qué pasa padre?

—No lo sé. Me parece haber visto algo por entre los árboles, pero no sé que …

Un ruido cómo el chasquido de una rama al romperse, les llamó la atención a los dos, que enseguida giraron la cabeza en la dirección de donde provenía el ruido.

— ¿Qué ha sido eso, padre?

—No se. Pero no me gusta nada.

Los dos hablaban sin quitar la vista de los árboles y arbustos.

— ¿Por qué no nos movemos? —preguntó Andrea que les estaba viendo delante del carro sin moverse.

Francisco pareció reaccionar y miró a su mujer, que se estaba empezando a impacientar.

—La rueda parece que se ha quedado atascada. Os tendréis que bajar y arrimar el hombro.

La niña apareció al lado de su madre sin decir nada.

—Métete dentro, no te vayas a mojar —la advirtió su madre.

Mientras el chico no dejaba de mirar desanimado hacía el monte, su padre buscaba por los alrededores algún buen tronco que le sirviera de palanca para ayudar a sacar la rueda del barro.

Andrea se dispuso a bajar del carro, pero la mano de su hija, asiéndola del brazo, hizo que se detuviera y se volviera para mirarla. Ésta estaba mirando también hacia los árboles, solo que ella parecía ver algo más que su hermano. Sus ojos se fijaban a lo lejos a la vez que reflejaban miedo, y su madre se dio cuenta enseguida.

— ¿Qué pasa Isabel? —su madre empezaba a asustarse, tratando de mirar hacia donde miraba su hija, pero no acertaba a ver nada.

Su hija no quitaba ojo y permanecía con la boca entreabierta. Alzó el brazo y señaló hacia unos arbustos más alejados.

La mujer dio un pequeño grito y se quedó sentada donde estaba, paralizada por el miedo. Francisco apareció con una rama gruesa alarmado por el grito de Andrea y las vio a las dos mirar hacia el mismo lado, con el miedo reflejado en la cara.

El hombre enseguida vio al animal, que con los hocicos ensangrentados, no les quitaba ojo de encima. Soberbio, a un lado del camino, había un lobo impresionante, sentado sobre sus patas traseras, y altanero sobre sus delanteras, con el pelaje mojado, parecía una estatua que vigilaba el pasaje.

Poco a poco, Víctor que era el que más alejado se encontraba, se fue acercando al lado de su padre que estaba inerme en el sitio. Francisco pareció reaccionar aún con más miedo que antes, le hizo una seña a su mujer para que le trajese la escopeta. La mujer enseguida lo entendió y echándose hacía atrás alargó el brazo hacia el interior del carro y

sacó la escopeta, que tendió a su marido. La mujer estaba acostumbrada a los gestos que le hacía su marido, para que le diese la escopeta y todos a la vez guardaran silencio. En más de una ocasión en el transcurso del viaje les había servido para cazar algún animal.

Francisco, con movimientos suaves y despacio para no alterar al animal, se echó el arma al hombro y apuntó hacía el lobo, que ni se había inmutado y permanecía impasible donde se encontraba. Había que fijarse muy bien para poder ver al animal, parecía mimetizado en el paisaje. El lobo parecía ajeno a lo que estaba pasando, no era consciente de que iba a morir en apenas unos segundos. Francisco estaba totalmente aturdido por la escena que estaba viviendo, miraba a los ojos del animal que parecía desafiarle, pero a la vez mostraba una actitud tranquila, estaba claro que el animal no temía nada. El miedo que sentía Francisco cada vez era mayor y parecía recorrerle por todo el cuerpo, creyendo que se iba a quedar paralizado, el lobo le miraba ahora directamente a los ojos, Francisco trataba de concentrarse, no era capaz de disparar, cómo tampoco era capaz de dejar de mirar los ojos del animal. Parpadeó y fue en ese instante en que pareció volver en sí, aguzó la vista y se apoyó con firmeza el arma en el hombro, por último se fijó en lo que tenía el animal entre las patas, un amasijo de carne ensangrentada, que lógicamente entendió que estaba dando cuenta de ello.

No entendía muy bien porque el animal no había salido corriendo, ni se había molestado por la intrusión de ellos. Por lo general cualquier animal y mas estando en solitario, huiría de los humanos.

El agua de lluvia le caía por la cara. Notó un ligero temblor que le recorrió por la espalda.

Puso el dedo en el gatillo, y apuntó al pecho del animal, nunca miraba a la cara del animal que estaba a punto de

matar, y en esta ocasión se alegraba enormemente de ser así, ya que ese animal parecía leerle el pensamiento.

Controló la respiración, cómo hacía siempre que disparaba cuando iba de caza.

Inspiró. Exhaló. Inspiró.

Apretó el gatillo.

Una fuerza que no sabía de donde había salido, le movió la escopeta hacia arriba, desviando el disparo a las nubes, que no dejaban de descargar una lluvia cada vez mas intensa.

Francisco, se quedó totalmente sobrecogido y se revolvió donde estaba, dándose rápidamente la vuelta, sabía perfectamente, que alguien le había movido la escopeta hacia arriba para que errase el tiro, aunque no había visto a nadie acercarse.

Delante de él, un encapuchado, le miraba con unos ojos muy claros y a la vez enrojecidos y vidriosos. Ambos hombres se miraron durante unos instantes que parecían interminables. Si anteriormente el lobo le había dejado perplejo, lo que le estaba sucediendo ahora le estaba dejando fuera de sí, no entendía absolutamente nada. No sabía que un animal salvaje cómo aquel pudiera tener un dueño, o simplemente el extraño hombre no veía peligro en el lobo y no quería que lo matase.

Francisco dio un paso atrás, para escudriñar al hombre en su totalidad. El desconocido tendió la mano y le cogió la escopeta. Francisco no hizo nada para impedirlo y dejó que el encapuchado del que sólo pudo ver los ojos le quitase la escopeta, no se atrevía a negarse, tampoco entendía lo que estaba pasando.

Francisco miró a su mujer que permanecía muda en el carro, al lado de su hija, que extrañamente no parecía asustada. Víctor no sabía cómo reaccionar, quería hacer algo, pero no tenía ni idea de lo que tenía que hacer. A veces, quería ser cómo su padre, trabajador y luchador, pero ha-

bía oído a su madre decir tantos improperios sobre él, que le tenía desconcertado, además el genio que tenía su padre, él no lo había heredado, lo cual no sabía si eso era bueno o malo.

Francisco, parecía una estatua, no se atrevía a moverse del sitio. Los brazos los tenía caídos, rendido, no se atrevía a recriminar al hombre por lo que había hecho, tampoco controlaba la situación y todavía no sabía bien lo que estaba pasando.

El desconocido negó con la cabeza y se dio media vuelta dejando caer la escopeta con cuidado, al suelo y bordeando la carreta se encaminó por el mismo camino pero en dirección contraría a la que ellos llevaban. Al pasar por el carro, el encapuchado bajó la cabeza, cómo si no quisiera que le vieran la cara.

— ¡Eh! —se atrevió a llamar Francisco con más miedo que otra cosa.

El desconocido que también estaba totalmente mojado se paró en mitad del camino. Tardó unos segundos antes de que se diese la vuelta y volver a andar tranquilamente hacía Francisco.

El extraño personaje seguía caminando con la cabeza agachada.

Francisco veía acercarse al desconocido y la misma sensación de incertidumbre le volvía a correr por el cuerpo, no sabía cómo iba a reaccionar el encapuchado.

Sin darse cuenta Francisco iba retrocediendo a la vez que el desconocido se acercaba.

Enseguida echó de menos la escopeta. Estaba a unos tres metros de él. Imposible cogerla a tiempo.

Desistió

Ahora los dos hombres estaban a escasos centímetros el uno del otro. Francisco no podía apartar sus ojos de los ojos claros que no parecían normales. ¿Rubio? A francisco le pareció ver las cejas de color claro, pero no estaba seguro, le

llamaban tanto la atención sus ojos que no se centraba en fijarse en mas detalles. ¿Pero qué más le daba? El extraño iba a actuar y Francisco estaba desconcertado. Nervioso.

Estaba tan mojado que hacía un rato que ya no notaba la lluvia en su cuerpo, tenía toda su atención centrada en el hombre que tenía enfrente. El encapuchado alzó el brazo y señaló hacia adelante, indicando el camino a seguir. No dijo ni una sola palabra, pero Francisco pareció entender enseguida, o al menos eso parecía. Asintió levemente con la cabeza, deseando que se acabase ese cruce de miradas entre ambos hombres.

El extraño hombre se dio la vuelta y siguió su camino.

Francisco seguía ensimismado, sin apartar la vista del encapuchado.

Este hizo un gesto con la cabeza al animal, que seguía en el mismo sitio, sin inmutarse, y se volvió a ir. El animal se irguió y se fue al trote detrás del hombre.

Al pasar el lobo al lado de la familia, todos pudieron contemplar al enorme animal, que sólo con su tamaño impresionaba y daba más miedo de lo que en sí da un lobo. Las mulas se agitaron nerviosas, pero estaban lo suficientemente cansadas que apenas se movieron.

Vieron al desconocido alejarse con el lobo a un lado de él. No apartaron la vista hasta que los dos personajes desaparecieron del camino, aunque la poca luz que quedaba del día no les permitía ver mucho más allá de las lindes del camino.

—Padre.

Víctor fue el primero en reaccionar, yéndose a la parte de atrás del carro dispuesto a empujar.

Francisco se pasó las manos por la cara, cómo queriéndosela lavar con el agua de lluvia.

— ¡Vamos! Saquemos la carreta del barro.

Al primer intento, los animales se pusieron a andar y sacaron el carro del barro, la verdad es que no estaba atasca-

do, simplemente la presencia del lobo había hecho detener a las mulas y cejar en su intento de seguir tirando.

A Francisco, pareció que se le secaban todos los caminos, el ver desaparecer a ese desconocido, que le tenía totalmente intrigado y la carreta se ponía otra vez en movimiento, le llenó el cuerpo de satisfacción. El recordar los gestos del encapuchado, le hacía estremecer.

Siguieron caminando, no sin mirar unas cuantas veces atrás, pensando en volver a ver al encapuchado. Encontraron los dos caminos que el cabeza de familia recordaba de cuando vivía en el pueblo. Tomaron el de la derecha. Enseguida vieron el humo de las chimeneas de las casas. A Francisco se le puso una disimulada sonrisa en la cara, que por supuesto, nadie notó, pero no fue así el suspiro de su mujer desde la carreta, que miró a su marido y le sonrió.

Habían llegado a casa.

Francisco también temía tener que dar explicaciones a todos los que conocía, a su hermana y a algún que otro amigo de los que dejó cuando se marchó. En su mente figuraba el fracaso, la vergüenza del regreso con las manos vacías, el no volver cómo un triunfador. Tendría que contar a su hermana, que era la única familia que tenía en el pueblo, cómo habían transcurrido todo ese tiempo alejado de casa, y cómo había arruinado su porvenir. Ahora era cómo empezar de nuevo una nueva vida, en eso su mujer le apoyaba, la verdad que Andrea siempre estaba a su lado apoyándole en todo.

Entraron en el pueblo con paso lento, las calles empedradas y llenas de barro. Por ambos lados de la calle bajaba un reguero de agua que arrastraba toda la suciedad de las calles, restos de paja seca que se caía de los carros. Delante de todas las casas había un pequeño dique de barro, para que el agua que corría calle abajo no entrara en las casas. Las calles del pueblo eran estrechas y estaban bien dispuestas para que el agua de las tormentas corriese en la pequeña

pendiente en la que estaba situado el pueblo. Parecía que amainaba, que la lluvia les daría una tregua, aunque fuese al final del camino. Recordando viejos tiempos, a Francisco se le empezó a notar cierta alegría que ya no trataba de disimular, ésta era una de las pocas veces que sus hijos veían a su padre mostrarse feliz, estaban acostumbrados a verle, —cuando le veían— con un genio que a veces les llegaba a asustar. Andrea dejó caer unas lágrimas, que no se podían distinguir en su cara mojada. Para Víctor todo aquello era nuevo, además era la primera vez que viaja tanto en su vida, y para la pequeña no era más que algo parecido a otro juego.

El pueblo constaba de unas cuarenta casas, aunque no todas estaban habitadas. Mucha gente, al igual que Francisco, se marcharon en busca de oportunidades que algunos sabían aprovechar mejor que otros. El humo gris de las chimeneas subía sin ningún esfuerzo hacia el cielo, el olor a lumbre, a leña quemándose en las cocinas mezclándose con el olor a humedad. Las casas de barro adosadas todas entre sí, hacían un amasijo de casas, difícil de distinguir donde empezaba y terminaba cada una. Los tejados vertían agua a la calle con fuerza, dejando un canalillo en el barro de la calle.

Se preguntó si sería el único que había vuelto.

Al final de la calle se apreciaba la figura de una mujer, con una especie de manto en la cabeza para guarecerse de la lluvia. Era su hermana Rosa.

Llegaron a donde estaba la mujer esperándolos. Francisco se sumió en un fuerte abrazo, mientras su hermana no dejaba de besarlo.

Andrea se bajó y también se abrazó a su cuñada. Los chicos estaban felices viendo cómo sus padres abrazaban a la mujer. No sabían quién era, pero estaba claro que sus padres sí, y estaban contentos por ellos, después de tanto

tiempo veían a sus padres sonreír, y era contagioso, porque ellos también sonreían.

La mujer abrió la vieja puerta de madera y Francisco desenganchó a los animales y los metió en su interior, el carro lo dejó a un lado de la calle, asegurándose de que no molestase.

Pasó un rato, hasta que Rosa se percató de los dos pequeños. Se les quedó mirando con unos ojos cómo platos. Se acercó y cogió en sus brazos a la niña, que la estrujó contra su pecho y la acribilló a besos. Isabel no sabía porque hacía eso la mujer, pero la gustaba, mientras su hermano se reía. Dejó a la niña en el suelo y le tocó el turno a Víctor que no le gustó tanto cómo a su hermana, ninguno de los dos habían tenido en toda su vida una muestra de cariño cómo la que estaban teniendo en esos momentos.

Rosa no tenía hijos, aunque lo intentaba con empeño con su marido Pedro. La llegada de un niño al mundo la haría la mujer más feliz de la tierra, pero ya se imaginaba ella, que ese momento no llegaría nunca. Ahora tenía a sus sobrinos delante de ella, y serían cómo sus hijos.

—Pasar dentro —dijo Rosa, restregándose las lagrimas con el dorso de la mano. —Os tenéis que cambiar de ropa si no queréis enfermar, con este tiempo es fácil.

Francisco volvió a abrazar a su hermana, quería disimular las lágrimas.

—Gracias mujer —fue todo lo que pudo decir Francisco.

—No seas tonto y cámbiate.

La casa de su hermana era grande, se notaba que les había ido bien. También tenían una cuadra con unos pocos de animales.

Entraron todos en casa. Mientras los niños se quedaron cómo pasmarotes en lo que parecía el salón, Andrea abría la maleta en la que traía la ropa y repartía a cada cual la suya.

—Sólo esta estancia es más grande que nuestra casa —comentó Víctor mientras no dejaba de mirar a su alrededor, quedándose maravillado de lo grande que era esa casa.

— ¿Pero no decías qué ya no teníamos casa? —inocentemente dijo la pequeña.

La tía que estaba pendiente de los pequeños, más que de otra cosa, les oyó hablar y no pudo reprimirse el acercarse a la pequeña.

—Ahora sí tenéis casa.

— ¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí? —Víctor, estaba en una edad que sentía curiosidad por todo, y no paraba de preguntar.

—Todo el tiempo que queráis —se apresuró a contestar su tía.

A los chicos no parecía disgustarles aquel sitio. Era la casa más grande que habían visto nunca, y era un sitio nuevo, en el que podrían salir a explorar los alrededores y descubrir lo que para ellos sería un mundo nuevo.

—Gracias por todo —dijo Andrea volviéndola a abrazar.

— ¿Dónde anda tu marido? —preguntó Francisco a su hermana.

—Seguramente esté guareciendo al ganado en los rediles. Este hombre se empeña en sacar el rebaño aunque este lloviendo.

—No es malo.

—Para el ganado a lo mejor no, pero para él… Algunas veces coge un resfriado que le hace estar en cama uno o dos días. Pero con lo cabezota que es, yo no le puedo hacer cambiar ya.

—Ni lo intentes. El sabe bien cómo buscárselas con el rebaño, y si le saca aunque llueva es porque sabe bien lo que hacer, y no va a cambiar de idea; además, si no lo saca ¿que van a comer los animales?

—Él sabrá. Pero el año pasado las tormentas acabaron con varias cabezas. Cuando no eran los rayos lo eran las

crecidas de los arroyos. Pero bueno, yo no me meto en lo que no me concierne. No creo que Pedro tarde mucho en volver. Siempre viene al anochecer.

Ya habían terminado todos de cambiarse de ropa. Andrea la recogió toda e hizo un atillo con ella, la lavaría al día siguiente.

—A ver pequeños, seguidme.

Los pequeños sin decir nada siguieron a su tía por las escaleras que subían a la planta superior. Se miraban los dos mientras sonreían, esperando una sorpresa.

En la planta alta, estaban las tres alcobas que tenía la casa. El matrimonio a falta de descendencia solo usaba una de ellas, las otras que no se habían usado nada más que en contadas ocasiones, serían utilizadas ahora por ellos.

Los dos pequeños no daban crédito a lo que les estaban contando los mayores, una alcoba para ellos dos solos. No lo entendían muy bien. Víctor miraba a su madre, esperando que de un momento a otro, se echasen a reír todos y les dijesen que se trataba de una broma.

Una cama que para ellos era gigante, estaba en el centro de la estancia, con un cabecero de forja negra, llamaba la atención sobre todo lo demás.

Víctor se acercó a la cama y se subió a ella dando un pequeño salto. Su hermana trató de imitarle, pero le fue imposible subirse por sí sola.

—Espera —su tía se acercó por detrás y la ayudó a subir.

Su poco peso no la impidió que se hundiese, todos empezaron a reírse al ver a la pequeña casi desaparecer en el colchón de lana.

Rosa se dio la vuelta y miró a su hermano.

—Aquí estaréis el tiempo que sea necesario, hasta que arregles la casa de padre.

Francisco asintió y sonrió a su hermana.

Se oyó ruido en la parte de abajo, el chirriar de los pernios de la puerta les indicó que Pedro había venido de guardar el rebaño.

La primera en bajar fue Rosa, seguida de todos los demás excepto de los dos pequeños que se quedaron saltando en la cama.

— ¡Vaya! Ya está aquí la visita.

Andrea captó enseguida la ironía de Pedro, que dio a entender lo que ya tenía claro, y es que no eran del todo bien recibidos. Sabía de sobra que su marido y el marido de su cuñada no fraternizaban nada más que lo justo. Tendrían que adaptarse a la nueva situación, por lo menos mientras estuvieran en su casa. Solo esperaba que mientras durase su estancia en la casa de su cuñada, Francisco se supiera contener y evitase enfrentarse a su cuñado.

Se saludaron sin que hubiese ni una sola muestra de afecto entre los dos hombres, ambos sabían que era mejor dejarlo estar y mostrar algo de cordialidad.

Andrea se imaginaba que la esperaban unos días duros en casa de su cuñada, más que nada por su marido. Tendría que adaptarse al mal humor y a las puyas de su cuñado Pedro con su familia. Se imaginaba que tendría que calmar a su marido cada dos por tres, para que éste no se enfrentase a su cuñado, en cualquier momento les podrían echar de la casa, algo a lo que temía ella, ya que hasta que no arreglasen la casa de sus suegros, no tendrían en donde cobijarse. Aún les quedaba que aguantar.

2

Pasaron los primeros días sin que hubiera contratiempos. Todo era cómo cabía de esperar, Francisco pasaba el día trabajando en las tareas que su cuñado le encomendaba en el campo. Segaba la hierba para el ganado que no salía a pastar, limpiaba los rediles, llenaba las cubas de agua para dar de beber a los animales, esquilaba a las ovejas y un sinfín de tareas que Francisco sabía hacer sobradamente. Andrea se ocupaba, junto con su cuñada, de adecentar la casa donde vivirían, y de cuidar a los animales que no salían a pastar.

Francisco trataba de no coincidir con su cuñado en las tareas, cuando Pedro volvía a las cuadras él sacaba al ganado a la era para que pastase, o se ponía a limpiar las pezuñas a las ovejas, cualquier cosa valía con tal de no tener el mas mínimo roce con su cuñado. Desde hacía tiempo los dos cuñados no se llevaban bien, y tanto el uno cómo el otro trataban de evitar las disputas. Francisco era consciente de que si estaban en su casa, era gracias a su hermana. Para su cuñado era una situación incómoda, pero para él era un malestar continuo. Los niños, ajenos a las tensiones de los adultos, parecían disfrutar de la estancia en la casa. Aun así ellos también tenían que colaborar con las tareas cotidianas y los dos todos los días se dedicaban a la limpieza de la casa. Un maestro daba clase en una de las cuadras que la gente del pueblo había adecentado para ello. En el pueblo había una veintena de chavales de distintas edades, que asistían diariamente para que Don Cecilio el maestro, les enseñase.

Francisco cómo era de esperar se ocupaba de todas las tareas que se le encomendaba, sin rechistar ni mostrar síntomas de cansancio, no quería dar que hablar y quería quedar lo mejor posible. Mientras hacía las tareas iba cavilan-

do lo que tendría que hacer en casa de sus padres. No daba mas de sí, había tareas que las hacía lo mas raudo posible, para poder tener un rato libre y acercarse a la antigua casa de sus padres y hacer sus propios proyectos de futuro.

Una de las mañanas en la que amaneció con un sol radiante, Francisco se puso a ordeñar las ovejas y cabras con la puerta del redil abierta, necesitaba que el aire de la mañana entrase y airease a los animales, que llevaban un par de días sin salir.

Iba metiendo a los animales de uno en uno en un cuadrado hecho de palos, de tal forma que el animal, una vez que estaba dentro de los palos no se pudiera mover, así el pastor podía ordeñar a la oveja sin que echase a correr.

La leche la echaba en el cubo de cinc que tenía para ello y cuando se llenaba la echaba en la lechera. No llevaba más de media docena de ovejas, cuando alguien le llamó desde fuera.

— ¡Paco! —La voz sonaba alegre — ¡Paco!

Francisco se levantó y salió a fuera a comprobar quién le llamaba con tanto interés.

Se quedó de piedra con una sonrisa en la cara, infinidad de buenos recuerdos se le agolparon en su mente, se echó una mano a la cabeza y el pelo para un lado.

Su amigo de toda la vida, Ignacio. «Cuánto tiempo sin verte» Tuvo que ser su amigo Ignacio el que reaccionase, ya que él se había quedado cómo un pasmarote.

— ¿Me conoces, o que?

—Joder, Nacho —pareció reaccionar dirigiéndose a la valla de madera. —No has cambiado nada.

—Tú tampoco has cambiado mucho.

Los dos amigos se fundieron en un abrazo que duró unos segundos. Eran de la misma edad y a los dos les dieron clase un viejo maestro de escuela, que se las veía y deseaba para que parasen quietos, siempre andaban juntos de pequeños, hasta que se fueron casando y así distanciándose,

pero sin perder ese hilo de la amistad, que a veces parece que se ha perdido, pero cuando menos te lo esperas vuelve a aparecer para volver a atar una amistad.

— ¿Qué ha sido de tu vida, ladrón? —Preguntó Nacho, impaciente por saber de su amigo.

—Bueno, pues no tengo cosas que contar.

—Pues tendrás que contármelas quieras o no, y nosotros que pensábamos que no te volveríamos a ver mas.

—Pues ya lo ves, la vida da muchas vueltas. Nunca sabes donde vas a acabar.

—Ahora no puedo quedarme más tiempo, el trabajo no espera.

Francisco sintió curiosidad por el trabajo de su amigo.

— ¿A qué te dedicas?

—A lo de siempre, tengo un horno y hago el pan para un par de pueblos más. Pero lo que peor llevo es tener que llevar el grano a moler, lo tengo que llevar una vez por semana al molino de Praderas, que me ocupa un día de ida y otro tanto de vuelta. Pero no hay otra manera si quiero seguir con el negocio. Si hubiera un molino mas cerca sería más fácil, claro que a lo mejor cada uno se haría su pan.

Francisco escuchaba expectante a su amigo, a él también le hubiera gustado tener su propio negocio, cómo ya lo había tenido.

—Yo de momento echo una mano a mi cuñado, no es que me guste mucho, pero no tengo otra cosa. Las cosas no me fueron muy bien en Santander y he tenido que volver con la cabeza gacha.

—No te preocupes hombre, verás cómo encuentras algo.

Nacho le puso una mano en el hombro a su amigo. A ambos les hubiera gustado dejar lo que estaban haciendo y haberse tomado el día libre, seguramente hubieran acabado en la taberna hinchándose a vino.

—Ahora te dejo, me tengo que ir.

Francisco alzó la mano a modo de saludo y se quedó apoyado en la valla viendo cómo su amigo se marchaba con un carro tirado por una pareja de bueyes y cargado de sacos de harina, que llevaba para la tahona.

A él le recordaba a sus tiempos de tahonero cuando también le tocaba llevar el grano a moler, el ir y venir con los sacos. Él no tenía que llevar los sacos tan lejos, le cundía mas el trabajo.

Continuó con su trabajo con más animación que al principio. En su cabeza rondaba algo; ideas, ilusiones, algo que no sabía explicar, pero que estaba claro que le iba a tener ocupado por tiempo. Mientras manejaba a las ovejas con soltura se iba acordando de las veces que había salido con Ignacio y algún otro por las noches a robar algún cordero, para luego darse un banquete en el horno de los padres de él. Recordaba que siempre le tocaba saltar a él, también era el que más agallas mostraba a la hora de decidirse a hacer alguna fechoría, que según ellos mismos contaban después, no eran mas que chiquilladas que no hacían mal a nadie.

Terminó con todo el trabajo que tenía que hacer esa mañana y con parte que no le correspondía a él. Francisco tenía fama de buen trabajador e incansable y ahora estaba haciendo gala de ello.

A la hora de la comida, el dialogo entre todos era escaso, si no fuese por los niños habría veces que no se oiría ni el volar de una mosca. Todos se limitaban a comer.

—Esta tarde, Paco, con que limpies la cuadra basta —dijo tajantemente Pedro sin dejar de comer.

Sabía reconocer el buen trabajo de su cuñado, y aunque no era muy propio de él, quería recompensarlo de alguna manera.

Francisco asintió, sin levantar la cabeza del plato, ni tampoco le dio las gracias, sin duda sabía que se lo merecía. Sin tardar se puso a cavilar en ello. Si espabilaba acabaría con su tarea y se iría a ver a su amigo Ignacio. A lo mejor

tenía trabajo para él. En cuanto estuviese lista para habitar la casa de sus padres, se mudarían, y ya no tendría que deberle el favor a su cuñado de trabajar por la comida.

Cuando terminó de comer, se levantó y se fue a seguir con su tarea. Su mujer que le había encontrado distinto mientras comía, salió tras él.

— ¡Paco!

— ¿Qué pasa mujer?

—Eso es lo que quiero que me cuentes ¿Qué pasa?

Paco la miró de arriba abajo. A veces se sorprendía de cómo podía llegar a conocerle su mujer. Y sabía que no la podría engañar.

—Hoy he visto a Ignacio ¿te acuerdas?

Andrea se quedó pensando un rato hasta que recordó.

— ¿Nacho?

—El mismo. Sigue trabajando en lo mismo de siempre. En el obrador que le dejó su padre.

— ¿Y qué te traes tú entre manos? Paco, que nos conocemos. Que tenemos que terminar la casa de tus padres.

—Está claro, mujer. Si me diese trabajo en el horno, ya no tendría que estar con mi cuñado, o quizás con los dos a la vez. A mí no me coge de nuevo, sé trabajar en una tahona.

A Andrea la idea no la disgustaba, tenía claro que los dos cuñados no se trataban demasiado y esa sería una oportunidad para alejarse de él, pero también se imaginaba que a su marido no le duraban mucho los trabajos, ya fuese por un motivo u otro.

—Voy a ver si termino mujer —cortó tajante la conversación.

Francisco se dio la vuelta y marchó a las cuadras.

Mientras realizaba la faena de limpiar las cuadras, Francisco no pareció cansarse lo mas mínimo, no paró ni un solo instante con tal de terminar pronto e irse a buscar a su viejo amigo. Ya se imaginaba trabajando mano a mano con él.

En cuanto hubo terminado de limpiar la cuadra, se aseó lo mejor que pudo en el pilón donde bebían los animales. A su mujer no la gustaba que se lavase en el abrevadero, le decía que los animales le podían contagiar enfermedades fácilmente, Francisco no la hacía caso, además si entraba en la casa para lavarse terminaba ensuciándola y siempre terminaba discutiendo con ella. Salió sacudiéndose la ropa.

Anduvo por el pueblo, cómo dando un paseo, desde qué había venido no había caminado entre sus calles, se había limitado a trabajar. Ni si quiera se había preguntado si había cambiado en algo sus calles, si había venido gente nueva al pueblo, si aún estaban todos los que él conocía, ahora se preguntaba todo eso y se extrañaba de haber pasado por alto todas esas cosas. También era cierto que no se atrevía a dejar ni por un instante el trabajo, con tal de que su cuñado no tuviera la más mínima queja de él, haría lo posible por pasar el menor tiempo posible en su casa y sobre todo pasar, lo mas desapercibido posible.

Todo parecía ser igual que cuando se marchó, e incluso notó cómo algunas casas las habían arreglado, reforzado algunos balcones y retejado la mayoría de ellas. Ahora parecían nuevas llamando toda su atención, con el color natural de la piedra de las fachadas, con la hiedra trepando y consiguiendo dar un color verde que iba tapando al musgo reseco que el invierno había puesto en las piedras de la pared. Aunque la mayoría eran de roca y barro, todas estaban forradas de piedra lisa o pizarra, para prevenirse del agua de la lluvia.

Pasó por lo que era la Casa Consistorial, presidiendo la plaza del pueblo, una plaza empedrada y de forma ovalada, no era muy grande y en algunos lados había dispuestos unos troncos secos a modo de bancos. En cuanto Francisco vio los troncos, enseguida le vinieron unos gratos recuerdos, solía sentarse con su padre todas las mañanas de los domingos a charlar con cualquier vecino. Mientras su pa-

dre se tomaba unos vinos que sacaban de la taberna, él jugaba con algún otro crío en el pilón de la fuente que estaba en el centro del pueblo.

La plaza no parecía haber cambiado nada, el pilón estaba igual, la taberna seguía allí, sólo que ahora parecía más vacía que antes. Se acordaba de cuando era un mozo entraba a hurtadillas con otros chavales a quitarle el vino al mesonero; siempre terminaban emborrachándose y armando alboroto por el pueblo, aún sabiendo que los vecinos no aprobaban su conducta, a él no le importaba lo mas mínimo. Más de una vez se ha llevado un correazo en las costillas.

Se quedó unos instantes mirando alrededor de la plaza, cómo intentando encontrar algo que no encajase en ella. A veces, se daba cuenta de que había cosas que era mejor borrar de la mente, aunque sentía que habría mucha más gente que no podría borrar cosas que él mismo había hecho. Ahora no se sentía con ganas de recordar hechos pasados.

Una pequeña brisa le acarició la cara y Francisco pareció volver en sí, siguió caminando despacio por una de las calles que desembocaba en la plaza, volviéndose de vez en cuando a mirar, cómo no queriendo dejar de recordar, cómo si quisiera encontrarse con alguien o algo que le hiciese sentir bien.

Andaba despacio. Pasó por delante de una pequeña casa en la que vendían telas, jabón, ungüentos y de todo lo que se pudiera vender y la gente pudiera necesitar. Comprobó que aún despachaban a la gente, la puerta estaba abierta. Le dieron ganas de entrar y saludar a la señora Emilia. Seguramente se alegraría de volver a verle. Supuso. Pero siguió andando, aún le quedaba mucho por ver.

La calle empezó a hacerse cuesta arriba y enseguida vio la casa de su amigo.

Llamó a la puerta.

Al ver que nadie contestaba, empezó a dudar de que fuese esa la casa de su amigo, volvió a llamar. Nada.

Se asomó a la ventana al lado de la puerta, no se podía ver nada en su interior, estaba totalmente a oscuras. Aunque era primavera, por las tardes empezaba a refrescar y en la mayoría de las casas se echaba unos troncos a la chimenea. Se separó para ver si salía humo por la chimenea. Nada.

Oyó ruido a su espalda y se giró cómo un resorte.

—A las afueras, mas al río.

Una mujer menuda y vestida con una bata que casi arrastraba señalaba hacia el final de la calle. Francisco no podía distinguir su cara, pero seguro que la conocería, no quiso entablar conversación con la mujer y dándola las gracias siguió andando hasta el final de la calle.

La calle empedrada se convirtió en un camino de tierra. No recordaba que hubiera viviendas por esa parte del pueblo, el camino estaba hecho un barrizal.

Iba a desistir cuando le pareció ver una luz más adelante, donde hacía una curva el camino. Se animó más por la intriga que por otra cosa y siguió andando. Ya no se acordaba del horno de los padres de Ignacio, estaba a las afueras del pueblo. Sería la primera vez que Francisco iba a la tahona. A pesar de la amistad que les unía nunca había entrado allí.

Enseguida llegó a una casa pequeña y forrada de piedra por todos sus lados, con un tejadillo en la puerta principal, un tronco de madera, estaba acondicionado para que sirviera de asiento, estaba debajo de una de las ventanas de la casa, a un lado se levantaba lo que sería el horno, se dijo para sí mismo.

«Tendrá que ser ésta»

Llamó fuertemente con el puño cerrado.

Nadie contestó y Francisco no se lo pensó dos veces, entró en su interior. Todo el interior estaba cubierto de un fino polvo blanco, el espacio no era muy amplio, cruzó la

pequeña sala y se introdujo por una puerta, que supuso le llevaba al lugar donde se encontraba el horno en el que Nacho cocía el pan.

Se le encontró sentado en un taburete apoyado en la mesa blanquecina y con las manos sujetándose la cabeza, estaba cabizbajo, entregado a sus penurias, ensimismado en sus pensamientos, no parecía tener ánimos para trabajar esa noche.

— ¡Nacho!

El tahonero que no se había percatado de la presencia de su amigo, se sorprendió y alzó la cabeza con un movimiento rápido.

—Francisco. ¿Qué haces aquí?

—Tenía ganas de verte.

Ignacio se levantó del asiento y volvió a estrechar la mano de su amigo, dándole una palmada en el hombro. Francisco hizo lo mismo y de la camisa de su amigo salió una pequeña nube de polvo de harina, que le hizo toser y hacer aspavientos con la mano.

—No pareces muy animado, Nacho. ¿Qué te pasa?

—No es nada Paco. Estoy cansado, eso es todo.

—Aunque haya pasado tiempo, creo conocerte y tú no pareces cansado, al menos físicamente. Algo ronda en tu mollera.

—Eso es lo malo de los buenos amigos. No les puedes ocultar nada.

Francisco se le quedó mirando, esperando a que su amigo siguiese hablando. Ignacio comprobó que no le dejaba de mirar, estaba claro que no iba a cejar en su empeño, viéndole preocupado.

—Cosas del trabajo —soltó al fin Ignacio. —Las cuentas no terminan de salir Paco. Hago las piezas de pan justas, aunque quisiera hacer más no doy más de sí, encima el ir y venir al molino me hace perder tiempo, y no hablemos de lo que tengo que pagar, casi lo que vale un saco de trigo.

Ignacio empezó a dar vueltas alrededor de la pequeña salita arrastrando los pies, mirando todo lo que le rodeaba, cómo si se tuviese que despedir de su tahona.

—A veces pienso que voy a tener que dejar todo esto que me dejó mi padre —dijo con pena Ignacio. —Si levantase la cabeza, seguramente me daría un bofetón. Pero es que no puedo con todo.

—No jodas hombre, ya será para menos.

A Francisco le hubiera gustado contarle lo mal que lo pasó en Santander, pero también entendía que no podía contarle sus penas a su amigo, él ya tenía bastante con las suyas.

—¿Para menos? Aquí también tengo que pagar mis impuestos.

— ¿Por qué no llevas pan a más pueblos, a todos de los alrededores?

—¿Y cuándo voy a hacer eso? Ya te he dicho que no me da tiempo.

—Eso es porque no has pensado en mí.

Ignacio se le quedó mirando extrañado.

— ¿En ti?

—Claro hombre. Si te hecho una mano, tendrías más tiempo para repartir el pan a los pueblos de los alrededores.

Ignacio enseguida se puso a pensar en ello, pero rápidamente la ilusión pareció desaparecer en su cabeza.

—Tendría que enseñarte a trabajar en el obrador, llevaría su tiempo. Y la economía está por los suelos. No podría pagarte Paco. Déjalo.

—Nadie ha hablado de pagar. Y te advierto que estuve trabajando en una tahona en Santander.

Francisco le contó todo lo que sabía referente al horno para hacer hogazas de pan, las idas y venidas al molino, el cuidado de los animales, pero ahorrándole detalles que no creía importantes en ese momento.

Ahora su amigo parecía sorprendido. Era cómo si un ángel salvador le hubiera venido a ver.

—Entonces sí podríamos trabajar juntos —se emocionó Ignacio.

—Eso es lo que te quería proponer. Yo podría llevar el trigo al molino.

— ¿Y tu cuñado?

—Ya mismo me pondré manos a la obra para adecentar la casa de mis padres. Nos mudaremos a ella y ya no tendré que trabajar para mi cuñado, que me tiene hasta los cojones.

Ignacio se echó a reír y Francisco le imitó.

—No estaría mal, pero no quiero que te busques problemas con la familia.

—Tú descuida y seguro que en un par de semanas nos mudamos y me vengo contigo. Y de pagar ya tendremos tiempo de hablar.

—Te advierto que no podré pagarte lo necesario para dar de comer a una familia.

—Junto a la casa de mis padres hay un terreno que nos pertenece a mi hermana y a mí, si puedo convencer a mi cuñado para que me venda algo de ganado, lo podría ir manteniendo en ese prado aunque sea pequeño.

—Tu cuñado Pedro es algo hosco. No sé yo si querrá venderte algo de ganado. ¿Tienes para pagar?

—Tengo poco pero algo tengo. Ya veremos.

—Joder Paco, me has alegrado el día.

—Ya verás cómo sacamos adelante la tahona.

Ignacio desapareció unos segundos y apareció con una jarra de vino y dos vasos de barro.

—Esto hay que celebrarlo —Ignacio se volvió a animar —ya me veía contratando a La Loba.

Los dos se echaron a reír.

— ¿Todavía sigue viva esa vieja loca? —preguntó entre risas Francisco.

—Vete tú a saber, hace tiempo que no se la ve.

Ambos guardaron silencio, los dos habían conocido a la mujer y ninguno de los dos quería reírse de ella. Todo lo contrario. Sentían lástima y a la vez respeto.

—Pobre mujer, cómo se estropean las cabezas ¿eh?

Los dos amigos se sentaron a la mesa y dieron cuenta de la jarra de vino y de otras tantas que fue sacando Ignacio.

Estuvieron hasta tarde, hablando de todo lo que se les ocurría, sobre todo de los viejos tiempos, de sus juergas corridas a base de beber vino y robar fruta de los huertos de sus vecinos, de las peleas con otros jóvenes de otros pueblos, de las fiestas en honor al Patrón del pueblo, saltar al ruedo para torear a las vaquillas, e infinidad de recuerdos que les venían a la memoria, y de los que se reían a carcajada limpia.

En cuanto se acabó el vino que había, decidieron que ya estaba bien por esa noche.

Se despidieron con un apretón de manos y Francisco se fue calle abajo, por donde había venido, solo que ahora iba dando unos tumbos que le hacían ir de lado a lado de la estrecha calle empedrada.

Atravesó la plaza y aunque lo intentó, no consiguió recordar los mismos recuerdos que unas horas antes le habían venido a su cabeza cuando pasó por ella. «Buena tranca llevo» pensó Francisco mientras seguía su camino a casa.

Empezó a caer una lluvia fina, que le mojaba la cara, lo cual le ayudó a tratar de centrarse en sí mismo y no en un muñeco que se iba dando con todas las casas de la calle.

Llegó a la casa de su hermana, saltó la valla de los establos y entró a la casa, por la puerta que daba a la cuadra. Trataba de hacer el menor ruido posible, pero le resultaba casi imposible. Tropezó con una banqueta y maldijo por lo bajo, pero era perfectamente audible, se quedó quieto, cómo si temiese que le fuesen a descubrir, subió las escale-

ras que le llevaban a su alcoba, donde le estaba esperando su mujer.

En cuanto abrió la puerta se dio cuenta que no podía ocultarse por mas tiempo, un chirrido exagerado salió de los goznes de la puerta, delatando su presencia.

No se molestó en buscar cerillas para encender el quinqué que tenía en una mesita a un lado de la cama, sabía que sería incapaz de encenderlo.

— ¿Dónde has estado?

Andrea estaba esperándole.

Francisco aunque se imaginaba que no podría engañar a su mujer, se mostró sorprendido.

—He estado con Nacho hablando de negocios.

—Y os habéis bebido todo el vino que encontrasteis.

—No sé. Supongo que algo habrá quedado.

A Andrea la faltaba poco para estallar a gritos, no aguantaba a su marido borracho y encima que se riese de ella. Se contuvo cómo mejor pudo y se reservó para mejor ocasión el discutir con su marido, si montaba en cólera, despertaría a toda la familia y una vez que se ponía a discutir con Francisco, ya no había quién la parara, hasta que no sacara toda su ira de su cuerpo.

—Haz el favor de acostarte —dijo tajantemente su mujer, mostrando un enfado que Francisco conocía muy bien. — Ya hablaremos mañana.

Francisco no rechistó, se acostó encima de la colcha sin arroparse, de un momento a otro tendría que salir corriendo hacia el prado a vomitar, era algo a lo que ya estaba acostumbrado. A pesar de la borrachera que tenía y del mareo que empezaba a tener, se sentía feliz e ilusionado con el encuentro que había tenido con su viejo amigo de la infancia.

Sin darse cuenta cayó en un confortable sueño, que no alteró para nada la sonrisa que aún mantenía en la cara.

3

Pasaron dos días desde que los dos amigos habían estado hablando de negocios en casa de Ignacio, y no se habían vuelto a ver desde entonces. Tanto al uno cómo al otro el trabajo les tenía totalmente ocupado todo el día.

El tiempo parecía amainar y dar una tregua a los ganaderos y agricultores, que aprovechaban para avanzar en sus respectivas faenas.

Con la llegada del buen tiempo que ofrecía la primavera, el pequeño pueblo parecía recobrar una vida adormecida, que todos sus habitantes parecían añorar. Las mujeres aprovechaban para sacar la ropa lavada a tender a la calle, utilizaban para ello cuerdas de esparto que ellas mismas elaboraban y ataban ambos extremos a cualquier piedra saliente de la fachada. Ellas aprovechaban la ocasión para saludarse, hablar de sus cosas, se pedían las unas a las otras algo que les faltase para la cocina. Había un ambiente agradable, aunque alguna vez podía surgir alguna pequeña disputa entre ellas, pero nunca llegaba a mayores.

Rosa desde muy temprano realizaba las tareas de su casa, había salido a tender la ropa lavada, aprovechando que el sol llenaba la calle con una luz, que hacía tiempo no veían.

—Ya lo echábamos de menos ¿eh?

Rosa se volvió y vio que a una casa más abajo a la suya, su vecina había pensado lo mismo que ella y estaba tendiendo su ropa.

—Buenos días, Remedios.

Rosa no trataba mucho con su vecina, más que nada porque la mujer no solía salir casi nunca de casa. Sin embargo el marido de ésta, Gerardo, sí trataba bastante con Pedro los asuntos de las tierras. Al menos eso creía ella.

Remedios dejó el balde de cinc con la ropa aún por tender y se acercó a su vecina, mientras miraba calle arriba y abajo, por si la veía alguien.

Rosa la vio venir y se extrañó que su vecina mirase alrededor suya, cómo para evitar las miradas de la gente, ya que entre las vecinas se llevaban bien y no había motivos para esconderse.

— ¿Podemos hablar un rato?

Rosa asintió. Dejó también lo que estaba haciendo y pareció contener la respiración hasta que su vecina se dispuso a hablar.

— ¿Es verdad que ha vuelto tu hermano? —Preguntó Remedios en voz baja.

—Sí. Está aquí. ¿Por qué?

Rosa se puso a la defensiva, esperándose lo peor. Sabía de sobra que su hermano nunca había gozado de buena fama entre la gente del pueblo. Siempre había sido un bala perdida, era propenso a meterse en líos y en todas las disputas y peleas estaba él metido.

—Bueno… ya sabes lo que comenta la gente del pueblo. Que si esto, que si aquello. Ya sabes.

—Pues no. No sé a que té refieres.

—Mira Rosa. Me duele ser yo quien te lo diga, y no que te enteres de otra manera —Remedios hubiera preferido haberse quedado callada, pero ya había empezado y ahora tenía que terminar. —Hay gente que se alegró de que Francisco se fuese, y ahora les ha vuelto el temor al volverle a ver por aquí…

—Francisco ha cambiado —cortó Rosa enojada. —Se casó y tiene familia, sólo quiere salir adelante cómo todos. No tiene nadie porque preocuparse.

—Ya. Pero también le acusaron de matar al hijo de La Loba.

Rosa cogió aire. De aquello había pasado mucho tiempo. No podía entender cómo había alguien todavía que pudiera señalar a su hermano por ello.

—Si mal no recuerdo —contestó Rosa tratando de dejar las cosas claras. —Vino la Guardia Civil para aclarar las cosas. Y nadie detuvo a mi hermano por matar a nadie. Además te recuerdo que no estaba solo aquel día, que había más gente.

Rosa sacó pecho y levantó la cabeza, queriendo dar a entender que no podría con ella.

Remedios asintió con la cabeza e iba a seguir hablando, pero por la parte alta de la calle vio bajar a su marido.

Ambas mujeres siguieron con sus tareas.

— ¡Rosa! —llamó Gerardo, el marido de Remedios, al ver que su vecina se metía dentro de casa.

Rosa se volvió, con el barreño ya vacío de ropa.

—No he visto a tu hermano, pero me han dicho que esta trabajando con tu marido —Gerardo se detuvo frente a la puerta de Rosa. —No me voy a andar con rodeos. Más vale que tu hermano se dedique a eso, a trabajar. A si no habrá problemas ni para él ni para nadie.

Rosa se estaba empezando a sentirse molesta con sus vecinos.

— ¿Es una amenaza?

—Tómatelo cómo quieras, mujer. Pero creo que nadie esta dispuesto a aguantar cómo antaño, algunos quedaron a gusto cuando se fue.

— ¿Tu también quedaste a gusto?

—Y a ti ¿Qué más te da?

— ¿No sería mejor que esto que me estas contando, se lo cuentes a mi marido?

Rosa sabía que no se atrevería a decírselo a su marido. Gerardo era de los que tiraban la piedra y escondían la mano.

Gerardo se dio la vuelta y se metió en su casa, le hubiera gustado contestar a la mujer pero pensó que sería mejor dejar las cosas cómo estaban y no levantar la liebre. Hizo un gesto con la cabeza a su mujer para que le siguiese. Remedios también entró en casa.

— ¿A qué ha venido éste? —preguntó Gerardo a su mujer en cuanto ésta cerró la puerta.

—Sé lo mismo que tú. No le ha debido ir muy bien y ha tenido que volver a las faldas de su hermana.

Gerardo sacó una jarra de vino de la fresquera y se sentó a la mesa. Se sirvió un vaso y se lo bebió con ansia. Su mujer lo estaba observando. Algo le estaba rondando en la cabeza.

— ¿Qué pasa Gerardo?

Se sirvió otro vaso de vino.

—Como a este idiota le dé por joder nos puede hacer mucho daño.

— ¿De qué estás hablando?

—Estoy utilizando los prados que tienen junto a la casa de sus padres. Son del Ayuntamiento, pero si utilizan la casa, tendré que sacar el ganado de allí —hizo una pausa para dar un trago del vaso. —Y no tengo otro prado a donde llevar el ganado, tendría que salir con los animales al monte y eso me va a ocupar mucho tiempo.

Remedios se sentó a su lado. Le veía beber vino muy deprisa y ya sabía cómo iba a acabar la cosa. Se levantó y le puso rápidamente la comida, sería la mejor manera de que su marido dejase de beber.

— ¡Joder! —Se quejó —No me dejas ni respirar. ¿Tienes prisa?

—Yo no. Pero al parecer tú sí, por la manera de beber.

Remedios se temió una reacción violenta por parte de su marido, pero para sorpresa de ella su marido agachó la cabeza y empezó a dar cuenta de la comida. Gerardo acos-